

Si es un aserto axiomático que el artista nace y no se hace, Antonio Sánchez, que nació torero, sigue siendo torero y morirá torero, porque en él continúa, latente y soterrada hoy, la misma afición que cuando vestía traje de luces, nació también pintor, y pintor de los que han de dar que hablar a la crítica y días de gloria a la pintura, a poco que la suerte le acompañe.

Ya está en camino de ello. Pues aunque lo nuestro, lo de nuestra Exposición de Artistas Valdepeñeros —quinto premio en la segunda, segundo en la cuarta, quinta y séptima y primero en la sexta—cuenta poco, o casi nada, por su reducido ambiente, en el área nacional, sus muy recientes éxitos en el Salón de Otoño del pasado año, con su «Africanadillo», y el más actual de su Exposición, con veinticinco obras—retratos, bodegones, paisajes, asuntos taurinos— en la sala Clan, de Madrid, con gran resonancia de crítica, prensa y público, ponen de manifiesto, y muy patentemente por cierto, que Antonio Sánchez ha emprendido el camino, tan difícil y espinoso como el de los toros, si bien no sea tan cruento, del triunfo definitivo.

Tiene, para conseguirlo, cuanto un artista precisa: vocación, temperamento, una firme y decidida afición por los pinceles, una fresca y lozana inspiración y un grande y tenaz anhelo de superación. Lo demás vendrá después. La perfección va siempre de la mano de un largo y depurado aprendizaje. Que en la pintura hay mucho de genial, pero hay mucho, también, de oficio.

Pintor autodidacta, a su intuitiva tenacidad debe tan sólo cuanto en arte es y pueda ser. Por eso su pintura es todo espontaneidad, natural y graciosa espontaneidad, y sus cuadros, en los que gusta de plantearse difíciles problemas de técnica—para él gravísimos problemas por su ausencia de academias y lecciones, pero que resuelve casi siempre con acierto—son muestra de jugosa lozanía, aunque a veces nos den la sensación contraria. Pero ante todo, y, sobre todo, Antonio Sánchez, en el arte como en la vida, como lo fué también en los toros, es honrado y veraz. Y pinta como es. Y honradez y verismo es su divisa artística.

Algo ha influido en su estilo—acaso sin proponérselo—el gran maestro de la pintura contemporánea, don Ignacio Zuloaga, del que fué buen amigo. Tanto, que el insigne pintor, en corroboración de esta amistad, le hizo un magnífico retrato—uno de sus postreros retratos—en traje de luces, y, además, le dedicó un autorretrato, que Antonio exhibe en el salón de su taberna—pues, además de torero y pintor, es tabernero—, al que puso la siguiente ingeniosa leyenda: «Al buen torero y pintor, el mal torero y pintor».

Es cosa natural esa influencia, pues que han sido los únicos consejos



**EL PICADOR**

Cuadro con que Antonio Sánchez obtuvo el segundo premio en la VII Exposición Provincial de Artes Plásticas, celebrada en Valdepeñas el pasado año.